

Revista de Indias, 1987, vol. XLVII, núm. 180

**POR UNA ANTROPOLOGIA DE LA CIENCIA.
LAS EXPEDICIONES ILUSTRADAS ESPAÑOLAS
COMO «POTLATCH» REALES (1)**

POR

FERMIN DEL PINO DIAZ

Dpto. de Historia de América. Centro de Estudios Históricos
CSIC

Va a ser difícil en el espacio disponible resumir el contenido de esta propuesta que pretende hacer referencia a un conjunto de expediciones realizadas durante más de medio siglo, cada una de las cuales se componía de varios científicos y no de la misma disciplina. Todavía es más complicado mi compromiso, ya que quiero abogar porque se valore más un factor que no ha sido bien considerado por la historiografía científica: el factor ideológico o, por mejor decir, el factor político. Espero, al menos, lograr que se tenga en cuenta mi contribución como un punto de vista que puede enriquecer la comprensión del proceso de desarrollo institucional del conocimiento científico. Mi punto de vista procede de mi formación en antropología cultural, que es posiblemente la que me ha impulsado a encontrar razonable una explicación heterodoxa: que el conocimiento científico se nutre de motivaciones personales y colec-

(1) Este breve ensayo reproduce casi literalmente mi conferencia dictada en el I Congreso Latinoamericano de Historia de la Ciencia y la Tecnología, que tuvo lugar en julio del 85 en La Habana, con el título «Origen y consecuencias nacionalistas de las expediciones científicas a América, enviadas desde España en el siglo XVIII». Como parece haber quedado inédita definitivamente, me he permitido cambiarle el título por otro más antropológico, que en realidad represente mejor mi intención original de aportar a un ámbito de historiadores de la ciencia mi punto de vista antropológico. Pienso también que un historiador de la antropología puede aprender algo de la repercusión que su ciencia pueda tener en otras, al menos cuando hace su historia. Es bien sabido que la antropología cultural tiene actualmente un cierto predicamento entre historiadores, especialmente en el terreno de "historia de las mentalidades": dentro del recién creado Instituto Latinoamericano de Historia de la Ciencia se ha incluido una sección titulada "antropología de la ciencia".

tivas poco racionales y poco pacíficas. Normalmente me ocupé de historia del conocimiento antropológico, y en este sentido comencé a interesarme en expediciones del XVIII, para estudiar los trabajos etnográficos llevados a cabo en ellas; hasta ahora conozco mejor la expedición de Malaspina alrededor del mundo (2). Pero en este momento no me quiero restringir a estos trabajos etnográficos, sino aplicar a la propia expedición, como tal empresa, el modo de estudio etnológico.

Quizá sea innecesario por mi parte afirmar que las expediciones científicas ocupan un papel trascendental en la historia de la ciencia, pero debo dejar este hecho bien sentado antes de analizar algunos de sus elementos constitutivos. Así evitaré que nadie entienda mi propuesta como un juicio peyorativo sobre el carácter científico, objetivo, razonable, «civilizado» de estas expediciones. Personalmente, coincido con la opinión generalizada de que el siglo XVIII fue fundamental para la constitución de la ciencia como profesión, y suscribo las palabras introductorias que puso Charles Morazé a los capítulos sobre el siglo XVIII en la *Historia General de las Ciencias*, de René Taton:

«La ciencia era definitivamente honrada y a veces pagada. Un siglo antes era objeto de cartas entre amigos, cada uno de los cuales vivía de sus bienes, o había conseguido la ayuda de la Iglesia. En el siglo XVIII empezará a ser objeto de una profesión: era posible vivir del propio pensamiento y de la propia pluma» (3).

Esto no quiere decir que debemos olvidar lo mucho adelantado en este sentido desde el Renacimiento, en que no solamente la Iglesia sino los reyes, los nobles, las ciudades y las universidades permitieron ya vivir de su pensamiento y su pluma a muchos científicos. Lo que faltaba en los siglos XVI y XVII era la opinión de que todos ellos eran científicos, y que su común nivel intelectual iba a garantizar alguna utilidad a la República. Esta creencia sustentaría esta actividad científica como una profesión por la que los intelectuales luchaban, y a cuyos gastos merecía la pena que dedicaran su atención aquellas personas e instituciones que pudieran financiar las costas. Hasta el siglo XVIII esta creencia no se había generalizado.

(2) «Los estudios etnográficos y etnológicos en la expedición Malaspina», *Revista de Indias* (Madrid, 1982), págs. 393-465, con 16 láminas. Bajo mi dirección realiza Fernando Monge Martínez una tesis doctoral sobre la etnografía pacífica en la expedición Malaspina, como becario del C. S. I. C. hasta 1990.

(3) Volumen 2, pág. 477, editorial Destino (Barcelona, 1972).

Creo que fue precisamente esta dedicación profesional la que justifica el hecho de las expediciones científicas. Si no hubiera habido la convicción de que las observaciones científicas deben ser hechas por profesionales, no se justificaría que los estudios de fenómenos naturales locales (generalmente ubicados en lugares lejanos, por razones estratégicas de cálculo geográfico o por el aliciente histórico-natural de su exotismo) hubieran de requerir el traslado de viajeros específicos. Ya no se confía como en siglos pasados en la respuesta de los naturales a cuestionarios enviados desde la metrópoli: recuérdense los muchos informes requeridos por el Consejo de Indias de Madrid, que dieron lugar al enorme material acumulado bajo el epígrafe de «relaciones de la tierra» (llamadas luego relaciones geográficas, históricas o topográficas). Recuérdense la enorme información geográfica y etnológica reunida en las «cartas anuas» de la Compañía de Jesús, enviadas obligatoriamente a Roma desde el enclave más perdido del mundo. A este respecto, es útil mencionar que la Compañía fue nombrada cosmógrafo de Indias del Rey español desde 1625 hasta su expulsión. En muy contadas ocasiones se enviaron «expediciones» de sabios en los siglos XVI-XVII, y nunca fueron muy numerosas.

Ahora bien, estas expediciones requerían un esfuerzo considerable de parte de los viajeros. Los lugares elegidos eran importantes o por su carácter estratégico (medir el arco del grado en el Ecuador y en el Polo) o por su rareza (el ilustrado quería incorporar las plantas, minerales y animales exóticos a su «cuadro de la naturaleza», para que no quedara incompleta su historia natural). Pero llegar a estos lugares significaba atravesar mares o caminos desconocidos y pasar por zonas inhabitadas: en este viaje se podían pasar agudas necesidades de tipo alimentario, climático, infeccioso. Eran muy frecuentes las enfermedades, que retrasaban el viaje proyectado, y a veces ocurrían desgracias fatales: los capitanes Cook y Lapérouse, o en España algunos naturalistas como Loeffling, Pineda, Boldó, Fernando Amor, etc. Otros se quedaban largo tiempo fuera de su patria, una vez terminada la investigación, y a veces quedaban retenidos, como Jussieu, Bonpland, Dombey, Ulloa, etc. Esto requería no sólo cierta juventud y resistencia física, sino la solidaridad de toda la familia: a veces ésta no aprobaba el viaje del hijo o del marido, ya que el viaje significaba varios años fuera. Para el propio interesado debía haber una motivación importante, que unas veces era monetaria, profesional, científica, etc.

A su vez, las expediciones requerían un apoyo financiero firme para llevarse a cabo, y esto no siempre se lograba, ni en todos los países. Casi los únicos empresarios que se podían permitir financiar

una expedición científica (con varios miembros, instrumental, cobertura defensiva, etc.) eran los monarcas europeos; de ahí que se tratase de empresas «oficiales», en las que participaban muchos empleados del Estado (ingenieros, marinos, oficiales del ejército, etc.). Con mucha frecuencia ellos eran los directores de la expedición, en especial de las que requerían un equipo interdisciplinario. A los gastos derivados de la expedición han de sumarse los cuantiosos de la edición de resultados (con grabados a color, caros de elaborar e imprimir).

Tal inversión económica de parte de los Estados europeos se ha tendido a interpretar en la historiografía social de la ciencia como un tema de índole económico: las expediciones botánicas se hacían para conocer plantas útiles, las mineralógicas para metales preciosos, las zoológicas para conocer nuevas variedades útiles, las astronómicas para facilitar la navegación y control de comunicaciones, etcétera. A veces, el historiador se las ve y desea a la hora de explicar la utilidad económica de algunas expediciones, y entonces le da una utilidad militar: los gobiernos europeos compiten entonces para el control del mundo, y de ello es buena prueba la enorme tensión bélica a que esta competencia da lugar, con la que coinciden estas expediciones. Para la defensa de la explicación «utilitarista», los historiadores tienen una buena coartada en la propia fraseología de la Ilustración, que tanto insiste en la *utilidad* de los conocimientos y de las luces.

Sin embargo, hay algunos hilos importantes que quedan sin explicar dentro de la *lógica económica, e incluso de la militarista*. La inversión a que da lugar por parte del Estado no deriva en beneficios económicos para el propio Estado; ni siquiera se reserva para sus súbditos, ya que al publicarse los resultados todos los ciudadanos del mundo pueden beneficiarse. Un silencio político hubiese sido una conducta más coherente, y así se practicó por la corona española hasta entonces. De otro lado, la inversión realizada a veces es muy superior a los beneficios previsibles; en cualquier caso, la empresa no es llevada a cabo con economía de medios, sino con una esplendidez inexplicable. Esta «generosidad» en los gastos no es presentada como inapropiada, como una consecuencia no deseada, sino al contrario, se exhibe públicamente y se le considera como fuente de «prestigio». La competencia que se establece entre Estados no es en el sentido de sacar más utilidades, sino en realidad de hacer más gastos; aunque se da por sentado que este tipo de gastos serán útiles a la comunidad internacional. En todo caso, la utilidad para quien invierte será solamente el prestigio, el respeto de los rivales. Al contrario de lo que pudiera parecer, se rivaliza no por da-

ñar al enemigo, sino por beneficiarle: el enemigo, el rival, quedará dañado sólo simbólicamente si no devuelve el beneficio, si no obtiene conocimientos útiles a todos, si no envía también expediciones.

Cualquiera que haya manejado documentos derivados de estas expediciones reconocerá que esta explicación se ajusta mejor a las motivaciones profundas y a la empresa de la ciencia, tal como la veían los ilustrados: aunque ello nos los haga a veces más diferentes de nosotros. A partir de la revolución burguesa, ese tipo de concepción de la ciencia parece arcaico, poco económico y racional. Pero aquellos que conocen la bibliografía etnográfica, reconocerán también, en la explicación que he dado de la rivalidad entre gobiernos europeos del siglo XVIII, un tremendo parecido con la competencia de regalos acostumbrada entre jefes de clanes rivales en la Columbia Británica y Polinesia (potlatch), con la finalidad de demostrarse recíprocamente la superioridad del propio rango. Esta comparación puede parecer inapropiada, pero si ha servido a maestros como Marcel Mauss y Lévi-Strauss para ofrecer interpretaciones nuevas sobre la propia sociedad occidental, personalmente la he encontrado útil para comprender el tipo de racionalidad económico-política que subyace en la rivalidad europea. Permítaseme la licencia historiográfica (4).

(4) La bibliografía sobre la Costa Noroeste es amplia, como se puede observar en «Recent Ethnology of the Northwest Coast» de John W. ADAMS publicada en *Annual Review of Anthropology* (1981), núm. 10, págs. 361-392. Menos amplia probablemente sea la de Polinesia, aunque disponemos en castellano de un artículo de compendio de Marshall SAHLINS: «Hombre rico, hombre pobre, gran jefe tipos políticos de Melanesia y Polinesia» (1963), incluido en la antología de J. R. LLOBERA: *Antropología política*, Editorial Anagrama (Barcelona, 1979), págs. 267-288. En este artículo de SAHLINS se hacen comparaciones con Melanesia y en ocasiones con la Costa Noroeste.

Sobre la institución americana del "Potlatch" hay una inmensa bibliografía, de la que no hay representación en castellano: lo más conocido probablemente sea el capítulo 11 de Marvin HARRIS, en *El desarrollo de la teoría antropológica*, traducida en Siglo XXI (Madrid, 1978), hasta el punto de que algunos colegas lo emplean como referencia principal en sus escritos de divulgación; sin embargo, como es conocido entre historiadores de la antropología, el tratamiento de HARRIS no es equilibrado, especialmente con el "potlatch" y sus análisis por la escuela boasiana. Con contrapunto a HARRIS, debe citarse el excelente resumen de la Costa Noroeste en C. D. FORDE: *Habitat, Economía y Sociedad (Introducción geográfica a la Etnología)*, traducido en Oikos-Tau (Barcelona, 1966). Para el punto que aquí desarrollamos, el comparar la institución americana con el comportamiento de la monarquía europea, conviene acudir a Marcel MAUSS: «Ensayo sobre los dones...», de 1923-24, recogido en la antología *Sociología y Antropología*, traducida en Tecnos (Madrid, 1971), de la cual ha hecho LEVI-STRAUSS abundante uso. Véase, por ejemplo, en la recientemente traducida por Siglo XXI, *La vía de las máscaras* (México, 1981).

De todos los caracteres destacados por los especialistas en la institución del "potlatch" (regalo entre jefes, regalo exagerado, obligación de devolución,

Pasemos ahora a aplicar esta interpretación a las expediciones científicas del XVIII. Antes de referirme a las españolas, diré dos palabras de una expedición científica a América que ha pasado por arquetípica, la enviada por la Academia de Ciencias de París a la Laponia europea y al Ecuador americano, con el fin de medir la longitud del arco del grado de ambos lugares. La diferencia de ambos arcos habría de permitir establecer si la tierra tenía forma de naranja o de limón, achatada por los polos o por el Ecuador. Como es bien sabido, el interés de la Academia de Ciencias surgía en el fondo de un desacuerdo con la proposición de Newton de ser la tierra achatada por los polos. Habiendo el rey gastado enormes sumas en la medición del arco en diferentes puntos de Francia, continuó animando a la Academia francesa a discutir las previsiones inglesas de Newton sobre la forma de la tierra. No es éste el lugar de medir los verdaderos resultados de la expedición francesa, sino simplemente de apreciar la verdadera motivación que llevó al rey francés a financiar una empresa de tales dimensiones. Dejaremos la palabra a un especialista como el doctor Antonio Lafuente, que ha dedicado al tema su tesis doctoral y ha publicado al respecto numerosos trabajos. De uno de ellos, precisamente dedicado a discutir los resultados científicos, extraemos una sola frase:

«Ya hemos insinuado el interés que podía tener Francia en apoyar unas investigaciones que de resolverse favorablemente indicarían ante el mundo civilizado la grandeza del genio francés y consolidarían el prestigio de su Academia de Ciencia. ¿Pero justificaría ello, por sí solo, la magnitud de los gastos que ocasionaba la financiación de tan costosas expediciones científicas...? Sería improbable que sólo la motivación ideológica justificase un esfuerzo económico sostenido durante más de cincuenta años. En un momento de expansión comercial, situado entre dos guerras como la española y la polaca, que en definitiva constituyeron dos grandes ocasiones para que los más poderosos se disputaran el dominio del Atlántico o de Centroeuropa, las razones militaristas debieron actuar decisivamente» (5).

actitud postbélica...) me interesa construir un "tipo ideal" que subraye el intercambio pacífico entre jefes, que por su exageración y competencia, es un buen sustitutivo de la guerra previa entre los mismos actores. Naturalmente, no podemos hacernos cuestión de los debates actuales sobre su origen, su relación con el resto de la estructura de parentesco y de rango, ni sobre su racionalidad o irracionalidad económica. No estudiamos el "potlatch", sino que lo usamos como tipo ideal a efectos analógicos.

(5) Antonio LAFUENTE y A. J. DELGADO: *La geometrización de la tierra: Observaciones y resultados de la Expedición Geodésica Hispano-Francesa al Virreinato del Perú (1735-1744)*, Edición del C. S. I. C. (Madrid), 1984). Cita en página 18.

Yo considero por lo pronto significativo que un especialista en esta expedición pondere el peso del factor ideológico, aunque no se atreva a concederle la categoría de factor principal. Antonio Lafuente ha destacado el papel de este factor ideológico-político en varias ocasiones, en diferentes artículos, y debo reconocer que ha influido claramente sobre mi propia elección de este tema de investigación (6).

Pero de acuerdo al método etnológico, antes de resolver el problema de cuál sea el factor dominante (si el ideológico-político o el económico-militar) en estas expediciones de la Academia parisina, preferiría dejar la palabra a los actores. Ante todo, al secretario perpetuo de la Academia, Grandjean de Fouchy (citado por el propio Lafuente como prueba de su explicación militarista), el cual comentaba así la razón de ser de los trabajos geodésicos.

«Al mismo tiempo que la guerra debía hacer respetar las armas reales por los enemigos de Francia, la geografía debía aprovechar los éxitos [bélicos] para asegurar y extender los conocimientos útiles a todas las naciones» (7).

Estoy de acuerdo con Lafuente en que las declaraciones de utilidad económica pura, que rodea muchas de las peticiones de los pretendientes al apoyo real, no son sino «declaraciones abstractas y ambiguas sobre los intereses que había de obtener a largo plazo el Estado» (8). Pero me resisto a creer que la significativa frase del secretario perpetuo de la Academia en 1748 (poco después de la vuelta de La Condamine del Ecuador) apoye realmente la interpretación militarista. Leyendo con atención, uno tendería a pensar que el rey no estima la utilidad de la geografía para los éxitos militares, sino al revés: «aprovechar los éxitos [bélicos] (*profiter des succès*) para asegurar y extender los conocimientos útiles a todas las naciones». El concepto de utilidad aquí manejado escapa de la racionalidad burguesa posterior, y pertenece al lenguaje de la economía política, del prestigio real.

(6) La aportación de LAFUENTE a la expedición geodésica culminó con su tesis doctoral *La cuestión de la figura de la tierra y la expedición geodésica al virreinato del Perú* (Granada, 1983). Aunque con variantes, la tesis se ha reproducido en *Los caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispano-francesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*, Editorial Serbal. C. S. I. C. (Barcelona, 1987). El autor ha destacado siempre el enorme componente ideológico del debate entre newtonianos y cartesianos dentro de la Academia de Ciencias: esa posición teórica suya la mantuvo en la *op. cit.* en nota anterior, y ha sido largamente discutida en la reseña de John L. GREENBERG dentro del prestigioso *Annals of Science* (1987), 44, págs. 289-295.

(7) *Op. cit.* en nota 5, pág. 19.

(8) *Idem*, pág. 18.

Creo que no hay mejor modo para apoyar esta interpretación sobre un texto de la época que otro texto español. Me refiero, en este caso, a un documento relacionado con la Real Expedición Botánica de Nueva Granada, dirigida por el médico naturalista José Celestino Mutis. Cuando el virrey-arzobispo de Santa Fe, Caballero y Góngora, solicita en 1783 el apoyo real para Mutis, sugiere también al ministro de Indias una solución para vigilar de cerca a los botánicos enviados a América por el Emperador de Alemania, que no otra es la oportunidad que tiene que aprovechar el virrey para conseguir la aprobación de Mutis:

«Puede también contribuir a la soberana magnificencia del Rey, si su Majestad se digna aprobar esta Real Expedición por toda la América Septentrional [así se pidió para Mutis, aunque luego los manejos de Gómez Ortega conseguirían, en mi opinión, que la América septentrional mejicana escapara a los cuidados de Mutis] tener la *gloria* de agregar compañeros sabios en sus Dominios a los enviados; los cuales, con el suntuoso título de obsequio y cortejo, sean al mismo tiempo testigos oculares de los aprovechamientos y progresos científicos de los botánicos alemanes. Las *glorias* del Rey, fiel imitador de su augusto padre [Felipe V] se extenderán al rasgo de la real magnificencia con que, en igual caso, y con *gloria* inmortal de las respectivas naciones y sus soberanos, fueron señalados los astrónomos españoles, los excelentísimos señores don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, por compañeros en la Comisión de América, y los astrónomos suecos Onthier y Celsius, en la Comisión de Laponia, en las ruidosas y *gloriosísimas* expediciones de Luis XV sobre la figura de la Tierra» (9).

En resumidas cuentas, lo que da a entender el virrey es que el monarca español puede conseguir dos cosas al mismo tiempo: ante todo, vigilar a los botánicos alemanes (que todavía no he conseguido averiguar a quién se refería; desde luego, no a Humboldt, como interpreta Gredilla, y luego Arthur Steele en su libro de la expedición de Dombey-Ruiz y Pavón, titulado acertadamente «Flores para el Rey»). Pero, además de vigilar, el rey católico puede aprovechar a la patria favoreciendo el desarrollo de la ciencia española y aprovechar a ésta y también a sí mismo con el prestigio adquirido en su generosa protección. De paso, nos informa que eso precisamente, la gloria, es lo que obtuvo el rey francés en la expedición de la academia parisina. «Gloria» es una palabra repetida cuatro veces, y si un extraño analiza el texto, enseguida la subrayaría como especialmente significativa. Nosotros solamente añadiremos que el virrey

(9) Guillermo HERNÁNDEZ DE ALBA: *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis*, tomo I, Ed. Ministerio de Educación Nacional (Bogotá, 1947), págs. 70-71.

debía estar enterado de que éstos eran los deseos del ministro y del rey, ya que estaba argumentando para obtener su aprobación a una petición en favor de Mutis. Si ello es así, debemos inferir que el rey español, primo hermano de Luis XV, también debía conocer a fondo los deseos suyos al financiar aquella expedición, y por tanto este texto es un magnífico reflejo de las motivaciones de aquella expedición francesa. Ya hemos visto que coincide, además, con la interpretación que hemos hecho del texto del secretario de la Academia en 1748.

En todo caso, lo que importa ahora es que el rey español tomó la expedición francesa de ese modo, como un «challenge» o reo de prestigio que su honor no podía dejar sin respuesta. ¿Recuerdan todavía la comparación etnológica que busqué al principio para estos gestos regios en favor de las expediciones científicas, como si se tratase de una competencia de regalos entre jefes de clanes rivales? ¿Suscribirían ustedes ahora algo más mi atrevimiento historiográfico? ¿O creen, por el contrario, que ambos monarcas perseguían sola o principalmente el beneficio económico o el poderío militar? ¿No será una imposición interpretativa de nuestra parte, un «presentismo» fuera de lugar, aplicarle en nuestro análisis de historia de la ciencia una etiqueta de económica a esta conducta real?

Vayamos ahora a las expediciones españolas. La brevedad del espacio no me va a permitir muchas citas de texto, que considero la mejor manera de transmitir el sentido profundo con que estas expediciones se originaron. Pero un repaso a una serie representativa de ellas y la aplicación de esta interpretación económico-política valdrá para esta propuesta que ahora presento. Trataré de ofrecer una explicación de las expediciones de la segunda mitad del XVIII, que las califique como originadas en este mismo espíritu de emulación internacional con que se las tomaron los reyes españoles y franceses (así como el alemán, que enviará a N. J. Jacquim en 1754). Tal espíritu de emulación tiene en la Europa moderna (desde el Renacimiento) un nombre más común: se le llama *nacionalismo*. Llevaría más espacio justificar el nacimiento del nacionalismo de Estado como originado en la Europa del Renacimiento, pero esa emulación entre los monarcas adquiere esa nueva dimensión cuando logra que un grupo social importante apoye sus pretensiones. En el siglo XVIII, otra vez, los monarcas españoles logran aglutinar a un sector social en apoyo de su lucha contra la nobleza: este sector basará su ascenso social en la lealtad al monarca, y establecerá una cerrada rivalidad mutua, con la nobleza y con otros monarcas europeos. Esa es la explicación del ascenso de personas como Campomanes, Floridablanca o José de Gálvez, dentro del reinado de Carlos III.

Bajo esta óptica nacionalista se puede explicar mejor la expedición de Ruiz y Pavón a Perú y Chile, aprobada en 1776 a ruegos de Turgot y Condorcet desde Francia. En origen, una expedición francesa (que incluso había nombrado director al médico Joseph Dombey) se convierte en hispano-francesa, y progresivamente en hispana, a medida que el monarca español y sus ministros tomen interés en este reto científico. Es bien conocida la evolución de esta rivalidad hispano-francesa, a lo largo del libro de Arthur Steele, que lleva a los españoles a nombrar director al joven Hipólito Ruiz y no al veterano Dombey; que justifica mejores sueldos españoles que franceses; que impide que Dombey se lleve a Francia en 1785 los duplicados que traía para sí y para el Jardin du Roi y la Academie des Sciences. Que finalmente le impiden aprovechar sus trabajos americanos, con la promesa forzada de no publicar nada hasta que regresen los botánicos españoles. En este forzamiento intervino el Gobierno español, pero también el francés, que le obliga en 1785 a firmar el acuerdo y a no cobrar nada por sus servicios a la corona española.

Creo que Arthur Steele, en su rico trabajo, ha olvidado tener en cuenta el contexto político que rodea la expedición y explica estos lances entre científicos. Francia y España están en guerra con Inglaterra durante el desarrollo de esta expedición, de 1779 a 1783, en que se firma la Paz de Versalles. Ha sido la marina española la que ha llevado la parte principal, y Francia se halla en deuda; por otro lado, no quiere poner en aprieto el tratado comercial con España, que ésta progresivamente queda en disposición de superar a través de la enorme actividad oficial desplegada por el Estado y por las Sociedades Patrióticas, fundadas masivamente a partir de 1776. Por eso cede Francia en estas presiones tremendas sobre su botánico, a quien se le ha autorizado a visitar territorios de la Corona española.

No es que la corona española dependa del todo de la francesa en estas iniciativas científicas. Debe recordarse la intensa labor de la época de Fernando VI, su estrecha neutralidad, y la alianza con Inglaterra y naciones centroeuropeas. En los cincuenta se invitará a Linneo a que envíe un botánico de su predilección para acompañar la comisión de límites coloniales americanos con Portugal, que dirigirá Iturriaga al norte y el marqués de Valdelirios al sur. El monarca español quiere limitar la expansión portuguesa, apoyada por Inglaterra, y toda esta rivalidad termina en una guerra de siete años en que vence Inglaterra, tras la que se firma el Tratado de París de 1763. En este período de relativa neutralidad solamente se envía la expedición de Loeffling, que muere a los dos años de llegar. A su vez, esta misma expedición tiene una lectura nacionalista: según A. Stee-

le, se invitó a Loeffling porque el ministro de Fernando VI, José de Carvajal, oyó de labios ingleses que Linneo había llamado «bárbaros» (o alejados) de la botánica a los españoles. En este mismo espíritu de emulación, el P. Flórez propone en 1767 al ministro Grimaldi se compre la colección naturalista del peruano Franco Dávila, que la ofrece a los monarcas europeos desde París, de donde saldrá más tarde el Gabinete de Historia Natural. El razonamiento que da para ello el P. Flórez es que así se puede borrar «el estigma que sufre nuestra nación entre aquellos que debieran mirarla como la primera del mundo» (10).

Ese ambiente nacionalista que sufría la corte española está perfectamente descrito por el joven Mutis en 1763, cuando entrega al virrey de Santa Fe, su protector, el primer memorial pidiendo «la formación de la Historia Natural de América»:

«Hacia la mitad del presente siglo despertó la España de su antiguo letargo. Comenzaron algunos sabios y señores a gustar de las Ciencias Naturales con el motivo de la nueva juventud, que por Real Orden y a expensas del Erario y de algunos Grandes salía á instruirse en todos los ramos á los Reynos extranjeros» (11).

Poco más tarde, en este memorial nos informa que él mismo estuvo «destinado poco antes para pasar a Londres bajo la Real Protección del Augusto Hermano Antecesor de V. M. por los informes de su Ministro el excelentísimo señor Ricardo Wall» (12). La guerra con Inglaterra impediría la ida de Mutis a Londres, pero el nombramiento de médico del virrey de la Nueva Granada en 1760 le abriría la puerta para marchar a América a realizar su proyecto «glorioso». El informe de 1763 al virrey es un documento bastante ilustrativo de la España que hereda Carlos III de su hermano Fernando VI: un país hirviendo de modernización y europeísmo. Mutis pide entonces que se le nombre superintendente del Gabinete de Historia Natural y del Jardín Botánico próximo a inaugurarse en Madrid, y confiesa que quiere emular no sólo a Loeffling y a Jacquin, «pero también competir y aún enmendar mucho de lo observado y descubierto por el español Hernández» (13). El grado de excitación logrado por el movimiento cultural bajo Fernando VI lleva a los bo-

(10) Arthur E. STELE: *Flores para el Rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la «Flora del Perú» (1777-1788)*, Ediciones del Serbal (Barcelona, 1982), página 41.

(11) Apolinar Federico GREDILLA: *Biografía de José Celestino Mutis*, Ed. la Junta de Ampliación de Estudios (Madrid, 1911), pág. 24.

(12) *Idem*, pág. 29.

(13) *Idem*, pág. 22. Véase el comentario a esta misma frase de Mutis en la nota 5 del artículo «Las expediciones ilustradas y el estado español», incluido en este mismo volumen.

tánicos José Quer y M. Barnades a exaltar históricamente la contribución de Hernández, una figura del siglo de oro respetada por los botánicos europeos. Para unirse a la senda gloriosa europea, Mutis debió conectar directamente con Linneo y ofrecerse a continuar la labor de su desaparecido discípulo Loeffling; esto explica las cartas tan afectuosas del sabio de Upsala, famoso en Europa, al joven Mutis, que le escribe desde la lejana Santa Fe y le envía plantas y noticias naturales, a través del cónsul sueco en Cádiz.

Pero ni este apoyo de Linneo ni el del virrey Mexía de la Cerda y de sus sucesores Guirior y Flórez logran del rey que se apruebe oficialmente la expedición naturalista que propone este joven español. Solamente en noviembre del 83 —veinte años más tarde— se firma la Cédula Real que autoriza la expedición de la América septentrional (por oposición a la meridional de Ruiz y Pavón). ¿Por qué? Parece haberlo logrado personalmente el virrey-arzobispo, que saca a Mutis de las minas de Ibagué, donde se había encerrado de por vida, desengañado del favor real. Ya se ha visto por los textos citados que la explicación nacionalista cuadra perfectamente: el virrey le convence que hay que oponer una expedición española a la alemana que el rey acaba de autorizar. Esto le daría la gloria. En esta argumentación, el virrey no fuerza las cosas, puesto que la palabra «gloria» es otra vez la más repetida del memorial que Mutis presentó al virrey de 1764, y que el nuevo virrey adjunta ahora al ministro. ¿Por qué habría ahora de convencer el nuevo memorial al nuevo ministro?

Creo tener una respuesta algo mejor. La Cédula Real que autoriza la expedición de Mutis es de 1-XI-83, en respuesta directa al oficio del virrey de 31-III-83. Esta conexión entre ambas es indudable, puesto que la cédula explicita:

«He resuelto conformándome con lo que me ha propuesto mi virrey arzobispo que a exemplo de la Expedición Botánica... por la América meridional se execute otra con igual objeto... en mis Dominios de la América septentrional por Botánicos y Dibujantes españoles...» (14).

Lo verdaderamente nuevo en la cédula es que la expedición se deberá hacer «por botánicos y dibujantes españoles». Tengamos en cuenta que se está realizando la expedición de Ruiz-Pavón en asociación con Francia. Todavía no ha habido problemas «nacionalistas» en esta expedición para que se decida hacer una expedición exclusivamente de españoles. ¿Qué ha pasado entre marzo y noviembre del 83, para que el rey firme la aprobación de una solicitud que

(14) *Op. cit.* en nota 9.

lleva veinte años esperando? Sugiero que se relacione esta aprobación con un acontecimiento más importante que el oficio espontáneo de un virrey: la conocida polémica hispano-francesa de Masson de Morvilliers. Esta conexión la he hecho anteriormente con la expedición Malaspina (15) y me ha permitido comprender mejor la propia expedición, así como la continua emulación desarrollada a lo largo de la misma con las anteriores expediciones del capitán Cook.

No hay espacio para detallar todo lo que produce la polémica de Masson, pero sí de añadir que también se relaciona directamente con esta expedición de Mutis. Veamos el contexto: el artículo de Masson se halla en el tomo I de Geografía Moderna de la *Enciclopedia Metódica* (París, 1982), que llega a la corte española justamente en agosto del 83, según anuncia la *Gazeta de Madrid*, Precisamente a primeros de noviembre se produce la primera denuncia del libro a la Inquisición. ¿Es casual acaso esta coincidencia de fechas con la cédula real de la expedición de Mutis? ¿No es más significativa que la que media entre marzo del 83 y noviembre, entre la carta del virrey y la cédula real? No hay tiempo ahora para formular nuevas coincidencias con la polémica que origina: cartas reales a Francia, orden al embajador de suspender la edición de toda la *Enciclopedia Metódica*, prohibición de importar libros sin censura previa del Estado, órdenes a Cavanilles y Forner de que defiendan la «literatura» española, premios de la Academia de la Lengua, apoyo masivo de los intelectuales valencianos a Cavanilles, libro de Forner de 1785, etc. Hay algo más significativo: ese año comienzan los cursos de botánica en el Real Jardín, a cargo de Gómez Ortega y Palau, que ese mismo año precisamente publican textos traducidos de Tournefort y Linneo, completan la Flora Española de Quer, y redactan su «Curso elemental» de Botánica. Los cursos del nuevo Plan de Estudios de Botánica se dotan con cuatro premios, por lo que se matriculan 153 alumnos. De todo ello dará noticia el periódico gubernamental *El Memorial Literario*, comentando en diciembre del 86: «España no se contenta con ser servil imitadora de escuelas extranjeras, donde no hay ejemplo alguno de un curso tan prolongado». Por si faltase algo al programa botánico, asisten a la concesión de premios a final de curso en los años 84-87 miembros de la familia real, el primer ministro y el de Indias (16).

¿Se entiende mejor ahora que la cédula real sea de noviembre del 83, y que se exija en adelante que los expedicionarios sean siem-

(15) *Op. cit.* en nota 2.

(16) *Op. cit.* en nota 10, pág. 171.

pre españoles? Es bien conocido que eso se respeta en la expedición de Sessé y Mociño, aprobada en 1785 a instancias de Gómez Ortega, y dedicada a la memoria de Francisco Hernández, cuya obra se acaba de encontrar a comienzo de los 80 en el archivo del Colegio Imperial por el nuevo cosmógrafo y cronista de Indias Juan Bautista Muñoz. También en la de Malaspina y en la de Dupaix, aunque con significativas excepciones. ¿Extraña que se prohíba la traducción de la *Historia de América*, de William Robertson, a pesar del apoyo de Campomanes, director de la Academia de la Historia, personaje citado elogiosamente en tal historia? ¿Extraña que Campomanes sea sustituido por unos años al frente de la Academia, y que esta institución sea obligada por Floridablanca a plegarse al plan americanista de Muñoz? ¿Extraña que se constituya precisamente entonces el Archivo General de Indias y se inicie la construcción del Museo de las Ciencias (Prado)?

Todas esas preguntas no tienen otra respuesta que la contextualización política de esta rivalidad internacional. En último término, así se planteó a comienzos del XVIII por parte de Francia e Inglaterra en un debate sobre la figura de la tierra, y así terminará también a finales de siglo: sólo que ahora la invasión napoleónica, aunque derrotada por la milicias populares apoyadas por la caballería inglesa, frustra todo este proceso político y científico.

La ciencia española del siglo XVIII, originada «socialmente» en una rivalidad nacionalista, termina extinguida por otra rivalidad nacionalista. Aunque en este mismo proceso se generen las nuevas «naciones» hispánicas del Nuevo Mundo.